

Semblanza de Arias Montano (1598-1998)

Natalio Fernández Marcos*

IV Centenario

SE conmemora este año el IV Centenario de Benito Arias Montano (Fregenal de la Sierra 1527-Sevilla 1598). Entre su producción poligráfica destaca una obra de formidable envergadura, la *Biblia Regia* o Políglota de Amberes (1568-1572), publicada bajo los auspicios de Felipe II por el conocido impresor Cristóbal Plantino. Cinco volúmenes infolio con los textos hebreo, arameo, griego y latín para el Antiguo Testamento y griego, latín y siriaco para el Nuevo; más otros tres volúmenes de Aparato con los textos hebreo y griego y la traducción latina interlineal de Arias Montano, tratados de hermenéutica y semántica bíblicas así como de las instituciones del antiguo Israel, gramáticas y léxicos de las lenguas bíblicas. Baste decir que los cinco primeros volúmenes fueron reproducidos en la Políglota de París (1628-1645) y los tres últimos influyeron notablemente en la Políglota de Londres (1657). De modo que de las cuatro grandes Políglotas corresponde a España el honor de haber producido las dos

* Profesor de Investigación del CSIC. Instituto de Filología. Madrid.

primeras: la Complutense, concebida y dirigida por el cardenal Cisneros, y la *Biblia Regia* de Arias Montano. Son logros señeros del humanismo español, todavía hoy admiradas no sólo por el gigantesco esfuerzo filológico en torno a los textos antiguos de la Biblia sino incluso por su contribución a la historia de la tipografía.

Paradójicamente, mientras Lutero difundía con ayuda de la imprenta su traducción de la Biblia al alemán, dando así el espaldarazo a esta lengua vernácula, en los territorios del imperio español se producían Políglotas pero no versiones. La prohibición de traducir la Biblia a la lengua vulgar, como reacción contra la Reforma —pese a la raigambre de esta tradición desde la *General Estoria* de Alfonso X el Sabio hasta las Biblias medievales romanceadas— hizo que las traducciones castellanas del siglo XVI fueran, como alguien las ha llamado con acierto, «Biblias en el exilio»: la *Biblia de Ferrara* (1553) hecha por los judíos españoles refugiados en Italia, el *Salterio* de Juan de Valdés (1537), el *Nuevo Testamento* de Francisco de Enzinas (1543) y la *Biblia del Oso* de Casiodoro de Reina (1569), vinculadas estas últimas a los todavía poco conocidos en nuestro país protestantes españoles de primera hora. Con razón decía, hace ahora un siglo, el hispanista francés S. Berger que la historia de la Biblia en España era uno de los temas de estudio más fascinantes que se podía imaginar.

Relación con Felipe II

PERO Arias Montano no fue sólo el intelectual humanista interesado por los libros. Fue teólogo del Concilio de Trento y hombre de confianza de Felipe II para los asuntos más delicados del Estado como la pacificación de los Países Bajos, la política con los protestantes y la anexión de Portugal. También fue su capellán y encargado de poner en marcha la primera Biblioteca de El Escorial. Entre el círculo de humanistas que gozaron de su amistad se encontraban fray Luis de León y el impresor Plantino y en Flandes tuvo contactos con miembros de la *Familia Charitatis*, asociación que defendía la tolerancia y la religión interior.

No faltaron las paradojas en su vida. Felipe II le encargó la elaboración de uno de los primeros índices de libros prohibidos, el de Amberes de 1571. Sin embargo, como alguacil alguacilado estuvo también en el punto de mira de las denuncias a la Inquisición que condujeron a los hebraístas salmantinos, fray Luis de León, Grajal, Cantalapedra y Gudiel a las cárceles de la Inquisición. La aprobación misma de la *Biblia Regia* encontró en Roma serias

dificultades que entorpecieron su libre circulación hasta el informe favorable del P. Mariana en 1577, cinco años después de su publicación. Y no sólo eso sino que a comienzos del siglo XVII algunas de sus obras son incluidas en los índices de 1607 y 1612. En su defensa tuvieron que salir sus discípulos, en especial Pedro de Valencia.

Los ataques a la Políglota de Amberes hoy nos parecen definitivamente zanjados en favor de la competencia filológica de Arias Montano, sus colaboradores y sus discípulos. Pero se puede pensar que los distintos talentos que generaron aquellas controversias siguen todavía en pie en nuestro universo intelectual y religioso.

Arias Montano tuvo la buena estrella de que no sólo su suerte sino hasta las fechas claves de su vida, nacimiento y muerte, coinciden con las de Felipe II. Mala estrella si tenemos en cuenta que su memoria en este cuarto centenario está pasando inadvertida, eclipsada por el esplendor del rey prudente. A Arias Montano no se le estudia en la enseñanza secundaria ni en historia, ni siquiera en literatura como a Fray Luis de León, porque apenas escribió en castellano. Tampoco se le presta atención en la universidad, porque los estudios bíblicos y orientales han llegado con retraso a nuestro mundo académico. En suma, que, salvo honrosas excepciones, Arias Montano sigue siendo un desconocido en nuestro país. Su principal, venial, delito consiste en haber escrito casi toda su obra en latín, la lengua franca de la Europa renacentista y de los humanistas. Y sabemos que las «otras» lenguas, hoy como ayer, echan para atrás a los lectores. Con razón se quejaba ya en su tiempo de que no le entendían, como cuenta su biógrafo Tomás González Carvajal.

Destacaré tres rasgos de su rica personalidad que me impresionan particularmente.

Arias Montano, orientalista

FUE tal vez el mejor orientalista de su siglo tanto por sus conocimientos lingüísticos como por sus conocimientos arqueológicos, de realia (pesos, medidas, monedas, edificios, vestidos) e instituciones de la Antigüedad, como demuestran sus tratados del *Apparatus* de la Biblia Políglota, escritos casi todos por él, y extractados ampliamente por Brian Walton en sus Prolegómenos a la Políglota de Londres (1657). Su ciencia bíblica de «majestad babilónica», en palabras de Marcel Bataillon (*Erasmus y España*, México/Buenos Aires 1966, p. 740), quedó plasmada en su obra de mayor aliento, la *Biblia Regia*, impresionante incluso por su arquitectura

tipográfica. Fue ésta posible gracias a su conocimiento de las lenguas, no menos de diez, como dirá en el Prólogo al lector, p. 5: «De mi trabajo y aplicación nada diré. Pero no guardaré silencio de una cosa: que no ceso de agradecer a Dios de continuo por haberme otorgado por su clemencia y benignidad del conocimiento de diez lenguas».

Arias Montano está convencido de que el conocimiento de las lenguas antiguas conduce a la verdad y a la unidad de los pueblos. Y al contrario, que Europa está convertida en una nueva Babel por el abandono en que se halla el estudio de las lenguas de la Escritura: hebreo, arameo, griego y latín, «cubiertas todas estas disciplinas por una especie de barbarie salvaje e ignorante» (*Praefatio de divinae scripturae dignitate, linguarum usu et Catholici regis consilio*, 19). Por eso vuelca todo su esfuerzo en la edición de los textos bíblicos, base común de católicos y protestantes, hasta el punto de que sus enemigos le acusarán de que no cita la tradición de los Padres de la Iglesia.

Pero es que entre los textos andaba en juego el conocimiento de la verdad bíblica. Se debatía, en primer lugar, qué texto era el genuino, si el hebreo, el griego o el latino, tras un siglo de crisis de la Vulgata desde los primeros ataques de Lorenzo Valla. Quedaba ya lejos la mentalidad de Cisneros, quien en la Políglota Complutense había colocado a la Vulgata en el medio de la página, según apostillaba, «como Cristo entre dos ladrones, la sinagoga y la Iglesia griega». Arias Montano no sólo corregirá la Vulgata en su traducción interlinear del Nuevo Testamento sino que en el Antiguo se atreve a corregir incluso la traducción literal de Sanctes Pagnino, la versión latina de mayor prestigio en el siglo XVI.

El otro caballo de batalla estaba en la hermenéutica: ahora preocupa qué sentido había que buscar o preferir al interpretar los textos, si el literal o el alegórico. Porque ya Erasmo en el *Elogio de la locura* LIII, había denunciado la manipulación de la Biblia entre teólogos y alegoristas, que modulaban a su antojo la Escritura como si de una nariz de cera se tratase.

La Biblia Regia, Biblia de la concordia

EN una Europa desgarrada por las guerras de religión Arias Montano soñaba con la utopía de la concordia universal. Y con él soñaba también el círculo de humanistas que colaboró en la edición de la Políglota. En primer lugar el singular Guillermo Postel que publica cuatro volúmenes sobre la concordia del mundo (*De Orbis terrae Concordia Libri Quattuor*, Basilea 1544). Y también el grupo de Amberes, los hermanos

Guido y Nicolás Le Fèvre de la Boderie, Andrés Masius y Francisco Raphelengius.

La Biblia Regia se presenta ante el mundo como la Biblia de la concordia. Así lo expresa Arias Montano en los diferentes prólogos, pero sobre todo queda patente en la lámina de portada que encabeza el primer volumen: un león, un toro y una oveja sesteando en torno a un pesebre, mientras que por detrás asoma la figura de un lobo humilde y medroso. Es la imagen de la utopía profética a la que alude la cita de Isaías que figura en la inscripción («lobo y cordero pacerán juntos, el león con el buey comerá paja», Isaías 65, 25). Los animales en la Biblia y, sobre todo, en la literatura apocalíptica son símbolos de los distintos imperios. Así lo entendió Plantino al explicar esta lámina: «la primera lámina contiene el significado de la concordia de todos los imperios en el cultivo y estudio de la religión cristiana» (C. Plantino, *Tabularum in Regiis Bibliis depictarum brevis explicatio*, entre los documentos que siguen a los prólogos de Arias Montano en el primer volumen de la Políglota). Como dice Alastair Hamilton, autor de la monografía más reciente sobre la *Familia Charitatis* (*The Family of Love*, Cambridge 1981, p. 74): «La concordia era el objetivo supremo de los humanistas de Amberes y había un proyecto diseñado con el propósito de asegurar esta concordia y al que estaban asociados algunos de los intelectuales de primera línea en Europa: la Biblia Políglota».

El humanismo bíblico era la oferta que Arias Montano esgrimía para la pacificación de Europa.

Arias Montano y Europa

ARIAS Montano es un sabio europeo, por sus viajes y por sus contactos con los humanistas y con los otros pueblos del continente. Arias Montano es un ejemplo de cómo se puede cambiar la imagen del «otro», tras cuatro años de estancia en Flandes, hasta considerarle no ajeno sino de la propia casa. En sus «Advertimientos» a Luis de Requesens, cuando éste llega a los Países Bajos para sustituir al Duque de Alba, dice de los holandeses «que se huelgan con sus danzas y máscaras... y viven en esta parte a la costumbre de los antiguos griegos a los cuales este pueblo se parece en muchas cosas». Y en su comentario al libro de los Jueces que titula *De varia Republica* p. 601, elogia a los belgas como «gentes sencillas y humanas y muy hospitalarias» y lamenta con enorme dolor lo que está ocurriendo en estas tierras, pues ama tanto a aquellos hombres («adeo genus

illud hominum diligimus»). Al final del prólogo al lector de la Políglota formula con orgullo cómo la *Biblia Regia* es una empresa europea, fruto de la colaboración de españoles, franceses, italianos y holandeses; de las universidades de Alcalá y Lovaina; de la corte de Madrid y de la curia de Roma. La semblanza de este hombre conciliador se nos revela desde nuestra atalaya actual como pieza clave para repensar Europa, para construir una nueva Europa.

En los prólogos a su Comentario de los Doce Profetas (Amberes 1583) no ahorró críticas a la provisión de cargos en la sociedad de su tiempo y a los desmanes de la conquista de América. Con razón Marcel Bataillon afirmaba que en estos prólogos se contenía «una especie de filosofía cristiana casi tan sencilla como la que resume en su *Dictamen Christianum*» (*Erasmus y España*, p. 74).

En fin, el talante de Arias Montano y la empresa europea de la *Biblia Regia* sirvieron en el siglo XVI de paradigma de la concordia entre los pueblos y las distintas tradiciones religiosas reflejadas en los textos. Arias Montano entendió la Biblia como un gran código, como una red de significados simbólicos, incluso arcanos. La Biblia como literatura, la Biblia como biblioteca que ha configurado nuestra cultura occidental y que seguirá configurando, espero, el humanismo del siglo XXI.